

CAPITULO II

LEYES DEL RENACIMIENTO Y DE LA DESAPARICIÓN DE LAS IMÁGENES

I. La imagen de una sensación puede surgir después de un largo intervalo.—Ejemplos.—Puede surgir entonces sin haberlo hecho durante todo este intervalo.—Ejemplos. Casos singulares y patológicos de imágenes que parecían borradas y que reaparecen.—Recuerdo de una lengua aprendida en la infancia y enseguida olvidada.—Recuerdo automático de una serie de sonidos maquinamente escuchados.—Es probable que toda sensación experimentada conserve una aptitud indefinida á reaparecer.

II. Las diferentes sensaciones no tienen todas esta aptitud en igual grado.—Ejemplos.—Circunstancias singulares que aumentan esta aptitud.—La atención extrema, voluntaria ó involuntaria.—Por esto se explica la persistencia de las impresiones infantiles.—En qué consiste la atención.—Competencia entre nuestras diversas imágenes.—La ley de selección natural se aplica á los fenómenos mentales.—Otra circunstancia que aumenta la aptitud á reaparecer.—La repetición.—Ejemplos.—Por qué estas dos circunstancias aumentan la aptitud á reaparecer.

III. Circunstancias particulares que evocan en determinado momento tal imagen más bien que tal otra.—Ejemplo.—Sea por contigüidad, sea por semejanza, la imagen que renace ha comenzado ya á reaparecer.—Por qué la reaparición parcial provoca la total.

IV. Falta de las circunstancias indicadas.—Falta de atención.—Falta de repetición.—Número enorme de las sensaciones que pierden de este modo su aptitud para reaparecer.—Casos en que dos tendencias se neutralizan.—La repetición y la variedad de la experiencia embotan las imágenes. Origen de los nombres generales y de las imágenes vagas que los acompañan.—La mayor parte de nuestras sensaciones no subsisten en modo alguno en nosotros en estado de imágenes expresas, sino en el de tendencias sordas y consecutivas.

V. Consideraciones generales acerca de la historia de las imágenes y de las ideas.—Están en lucha incesante de preponderancia.—Efecto de las leyes internas y de los incidentes externos para determinar las preponderantes.—Desaparición temporal, prolongada ó definitiva de todo un grupo de imágenes.—Parálisis parciales ó totales de la memoria, provocadas por la fatiga, por la hemorragia, por un golpe, por la apoplejía.—Ejemplos.—Olvido de los nombres.—Olvido de los nombres pronunciados, pero no del sentido de los escritos.—Restauración de las facultades perdidas.—Aparición de facultades nuevas.—Ejemplos. Las aptitudes y facultades están enlazadas con el estado orgánico.—Posibilidad de dos estados orgánicos separados y periódicamente sucesivos en el mismo individuo.—Caso de una señora americana.—Dos vidas y dos estados morales pueden hallarse en la misma persona.—Ejemplos.—En qué consiste la persona moral.—Dos personas morales podrían sucederse en el mismo individuo.—Constituye la continuidad de una persona moral distinta, el renacimiento continuo de un mismo grupo de imágenes distintas.

I. Cuando vemos ó tocamos un objeto, cuando oímos un sonido, cuando experimentamos una sensación de sabor, olor, frío, dolor, en resumen, una sensación cualquiera, conservamos su imagen ordinariamente un segundo ó dos, á menos que alguna otra sensación, imagen ó idea, poniéndose de través, no impida al momento esta prolongación y este eco. Pero en muchos casos,

sobre todo si la sensación ha tenido relieve é importancia, la imagen, tras de una supresión más ó menos larga, reaparece por sí. Este renacimiento espontáneo es su propiedad fundamental y puede efectuarse á muy largos intervalos. Muchos de entre nosotros tienen recuerdos que remontan á veinte, treinta, cuarenta y más años. Sé de una persona nacida en una pequeña ciudad de provincia que puede contar con la mayor exactitud todas las circunstancias de una visita de la emperatriz María Luisa en 1811, describir su tocado, los de las damas y doncellas encargadas de recibirla, oír interiormente el sonido de su voz, ver de nuevo sus expresiones, su fisonomía, el aspecto de las personas encargadas de cumplimentarla y bastantes otros detalles.—Hace más notables aún estas resurrecciones, el que muchas veces se verifican sin que jamás en todo el intervalo la imagen haya reaparecido. Si después de varios años de ausencia se vuelve á la casa paterna ó á la aldea natal, una multitud de cosas y de sucesos olvidados reaparecen de improviso. El espíritu, lleno de súbito de su agitada multitud, se asemeja á una caja de rotíferos desecados, inertes desde hace diez años, y que repentinamente, salpicados de agua, vuelven á vivir y á agitarse. Se sube la escalera á oscuras, se sabe á donde hay que llevar la mano para encontrar el agujero de la cerradura, se imagina uno en la mesa, en el sitio de costumbre, se vuelve á ver á la derecha el jarro y á la izquierda el salero, se saborea interiormente un plato determinado del domingo, nos admira al levantar los ojos no ver, en el mismo sitio en la pared, un viejo grabado que de muy niño hemos visto. Volvemos á ver la fisonomía y la espalda

encorvada de un antiguo huésped, el justillo cuadrado, los largos pliegues de un ropón amaranto; casi oímos timbres de voz que hace mucho tiempo han enmudecido; nos acercamos á los pozos y volvemos á sentir el terror vago que de niños experimentábamos cuando, alzándonos sobre la punta de los pies, mirábamos el fondo oscuro y el reflejo del agua fría, agitada á una distancia que parecía infinita.

Ciertas personas conservan involuntariamente girones renacientes de impresiones lejanas.—«Acudían con frecuencia á mi imaginación, dice M. Maury, y no sabía por qué tres nombres propios acompañado cada uno del de una población francesa. Un día tropiezo por casualidad con un periódico viejo que leo, no teniendo otra cosa mejor que hacer. En la hoja de anuncios veo la indicación de un depósito de aguas minerales con los nombres de los farmacéuticos que las vendían en las principales ciudades de Francia. Mis tres nombres desconocidos estaban escritos allí frente á tres poblaciones cuyo recuerdo se había asociado á ellos. Todo estaba explicado; mi memoria, excelente para las palabras, conservaba el recuerdo de estos nombres asociados, sobre los que mis ojos habían debido dirigirse, cuando buscaba (y esto había ocurrido hacía dos meses) un depósito de aguas minerales. Pero la circunstancia la había olvidado, sin que por esto el recuerdo se hubiera borrado totalmente. Ahora bien, seguramente no había podido poner gran atención en una lectura tan rápida».

A veces la enfermedad hace surgir imágenes semejantes á las de estos nombres y que parecían no sólo adormecidas, sino irremediamente

muertas (1). «Una muchacha fué acometida de una fiebre peligrosa, y en el paroxismo de su delirio se observó que hablaba una lengua extraña, que por cierto tiempo, nadie comprendió. Se certificó finalmente que era el galo, idioma que enteramente ignoraba cuando cayó enferma, y del que no pudo pronunciar una sílaba cuando curó. Durante algún tiempo, esta circunstancia fué inexplicable, hasta que, hecha una investigación, se halló que había nacido en el país de Gales, que había hablado durante su infancia el idioma natal, pero que lo había olvidado por entero posteriormente.»—Impresiones fugaces, que no han sido notadas, pueden también surgir de nuevo, con fuerza extraña y una exactitud maquinal. Varios médicos han citado la historia de una muchacha de veinticinco años, muy ignorante, que ni aún sabía leer, y que habiendo caído enferma recitaba trozos bastante largos de latín, de griego y de hebreo rabínico, pero que una vez curada hablaba á lo más su propio idioma. Durante su delirio, se escribió dictando ella, varios de estos trozos. Hechas las informaciones, se supo que á los nueve años había sido recogida por su tío, pastor muy sabio, que se paseaba de ordinario, después de comer, por un pasillo contiguo á la cocina, y repetía entonces sus trozos favoritos de hebreo rabínico y griego. Se consultó sus libros, y en ellos se halló, palabra por palabra, varios de los trozos recitados por la enferma. El sonido y las articulaciones de la voz habían quedado en su oído. Los

(1) Macnish, *Philosophy of sleep*, 96. Y otros dos hechos análogos citados por Azam, *Annales médico-psychologiques*, 3.^a serie, tomo VI, pág. 443.—Coleridge, *Bibliotheca litteraria*, I, 117.

había oído, lo mismo que los había recitado, sin entenderlos (1). El haschisch, la agonía, las grandes y súbitas emociones producen á veces resurrecciones tan minuciosas de sensaciones tan poco notadas y todavía más lejanas.—No es posible, pues, asignar límites á estos renacimientos, y es forzoso conceder á toda sensación, por rápida, por poco importante, por borrosa que sea, una aptitud indefinida para renacer sin mutilación ni pérdida aún á una enorme distancia, como una vibración del éter, que salida del sol, se trasmite á través de millones de leguas hasta nuestros aparatos ópticos, con su espectro especial y sus rayas propias, la misma en el punto de partida y en el de llegada, intacta y capaz, por su conservación exacta, de manifestar en el instrumento que la recibe el foco que la emite.

II. Sin embargo, si se comparan entre sí diversas sensaciones, imágenes ó ideas, se halla que sus aptitudes para renacer no son iguales. Un gran número de ellas se borran y ya no reapare-

(1) «El ayuda de cámara de un embajador español, muchacho de medios ordinarios y á quien sus funciones hacían muchas veces asistir á importantes conversaciones, parecía no haber conservado jamás nada de ellas. Atacado de una fiebre cerebral, durante su delirio, repetía con mucho orden varias discusiones que había oído sobre los intereses políticos de diversas potencias, hasta el punto que el embajador, que no había nunca considerado á su criado más que como individuo fiel, venía á escucharle y proyectaba hacer de él su secretario; pero la afección del cerebro se desvaneció y el enfermo al curar perdió todo recuerdo». (Grimaud de Caux, citado por Duval Jouve, *Traité de logique*, 159).

cen hasta el fin de nuestra vida; por ejemplo, anteayer he dado una vuelta por París, y de las sesenta ú ochenta figuras nuevas que he visto bien, no puedo recordar ninguna; sería preciso una circunstancia extraordinaria, un acceso de delirio ó una excitación del haschich para que al presente pudieran resucitar en mí. Por el contrario, ciertas sensaciones tienen un poder de resurrección que nada destruye ó aminora. Aunque de ordinario el tiempo debilita y destruya nuestras impresiones más fuertes, estas reaparecen enteras é intensas, sin haber perdido el más mínimo pormenor, ni un solo grado de su vivacidad. M. Bierre de Boismont (1), habiendo tenido cuando aún era niño, una enfermedad del cuero cabelludo, declara que, «después de cincuenta y cinco años pasados, siente todavía el arranque del cabello por el tratamiento del casquete».—En cuanto á mí, á los treinta años de intervalo, recuerdo, trazo por trazo, el teatro á que se me llevó por primera vez; desde los palcos terceros, la sala me parecía un pozo monstruoso, enteramente rojo y ardiente, con un hormiguelo de cabezas; en lo más bajo hacia la derecha, sobre un estrecho piso unido, dos hombres y una mujer entraban, salían, volvían á entrar, hacían gestos, y me parecían enanos inquietos; con gran admiración mía, uno de estos enanos se puso de rodillas, besó la mano de la dama, luego se escondió detrás de una pantalla; el otro, que llegaba pareció enfadado, y levantó los brazos. Tenía yo siete años y nada podía comprender, pero el pozo de terciopelo carmesí estaba tan poblado, tan dorado, tan iluminado, que al cabo

(1) Bierre de Boismont, *Des hallucinations*, 376.

de un cuarto de hora estaba como ébrio y no dormí.

Cada uno de nosotros puede hallar en su memoria recuerdos semejantes y ver en ellos un carácter común. La impresión primitiva ha ido acompañada de un grado de atención extraordinario, sea porque era horrible ó deliciosa, sea porque era enteramente nueva, sorprendente y desproporcionada á la marcha ordinaria de nuestra vida; es lo que expresamos diciendo que hemos quedado fuertemente admirados; estábamos absortos; no podíamos pensar en otra cosa; nuestras restantes sensaciones se habían borrado; todo el día siguiente, hemos sido perseguidos por la imagen consecutiva; nos obsesionaba, no podíamos desecharla; todas las distracciones eran impotentes contra ella. Por virtud de esta desproporción es por lo que las impresiones de la infancia son tan persistentes; enteramente nueva el alma, las cosas y los acontecimientos ordinarios son para ella sorprendentes. Hoy que he visto cierto número de salas grandes y teatros llenos, no puedo cuando asisto al espectáculo sentirme abismado, absorvido y como perdido en un pozo enorme y deslumbrante. El médico de sesenta años que ha sufrido mucho y sentido en su imaginación muchos sufrimientos, se trastornaría menos por una operación quirúrgica hoy que cuando era niño.

Cualquiera que sea la especie de atención, involuntaria ó voluntaria, obra siempre del mismo modo; la imagen de un objeto ó de un suceso es tanto más capaz de resurrección y de resurrección completa, cuanto con mayor atención se ha considerado la cosa ó el acontecimiento. A cada

momento, en la vida corriente, ponemos en práctica esta regla. Si leemos con interés ó si hablamos con viveza, mientras que en la habitación vecina se canta, no retenemos la música; sabemos vagamente que se ha cantado, y nada más. Abandonamos entonces nuestra lectura ó nuestra conversación, desechamos todas las preocupaciones internas y todas las sensaciones exteriores que el interior y el exterior podrían poner como obstáculo; cerramos los ojos, hacemos el silencio á nuestro alrededor y en nosotros y si la música vuelve á empezar, escuchamos. Decimos enseguida que nos hemos hecho todo oídos, que hemos aplicado todo nuestro espíritu. Si la música es muy buena y nos ha gustado mucho, añadimos que nos ha trastornado, arrebatado, enagenado, que nos hemos olvidado del mundo y de nosotros mismos, que durante unos minutos nuestro espíritu estaba como muerto é insensible á todo, excepto á los sonidos.—Y de hecho, hay ejemplos numerosos en que, bajo el dominio de una idea dominante todas las demás sensaciones, aún violentas, llegan á anularse; tal es el caso de Pascal, que una noche, para olvidar grandes dolores de muelas, resolvía el problema de la cicloide; tal es el de Arquímedes, que ocupado en trazar figuras geométricas, no se había enterado de la toma de Siracusa. Tal también el frecuente y muy notado de soldados, que en el ardor de la batalla, no notan su herida, y el de los extáticos, sonámbulos, sujetos hipnotizados.—Todos estos ejemplos auténticos y todas estas metáforas del lenguaje ponen en claro el mismo hecho, á saber, la anulación más ó menos universal y completa de todas las sensaciones, imágenes ó ideas, en provecho

de una sola; esta es duradera y absorbente, producida y prolongada con toda la intensidad que, de ordinario, se pierde entre varias. En otros términos, nos constituimos por algún tiempo en una forma determinada y fija; las sollicitaciones en sentido contrario, las diferentes tendencias que conducirían á otro estado, las restantes imágenes, ideas y sensaciones que aspiran á producirse, permanecen en estado naciente. La forma dada les es incompatible é impide su desarrollo. Ocorre entonces en nosotros lo que en una disolución que cristaliza; las partículas que primeramente eran indiferentes á toda estructura particular se colocan en masa en una disposición fija; á su equilibrio inestable sucede un equilibrio estable cuya dirección precisa é inflexible resiste á los diversos movimientos del aire y del líquido.

Este ascendente exclusivo y momentáneo de uno de nuestros estados explica su aptitud más duradera para renacer y hacerlo más intacto. Resucitando la sensación en la imagen ésta llega á ser más intensa cuando la sensación lo ha sido. Lo que se encontraba en el primer estado se halla todavía en el segundo, puesto que este no es sino el renacer del primero. De modo semejante en la lucha por la vida (1) que á cada momento se entabla entre todas nuestras imágenes, la que en su origen ha estado dotada de una fuerza mayor, guarda en cada momento de la lucha, por la ley misma de repetición que la funda, la capacidad de rechazar á sus rivales; por esto resucita ince-

(1) *Struggle for life* (Darwin). Se verá más adelante el desarrollo de esta doctrina. En ningún lugar la idea del gran naturalista inglés tiene aplicación más exacta que en psicología.

santemente, luego con frecuencia, hasta que la ley del desvanecimiento progresivo y el continuo ataque de las impresiones nuevas, le quitan su preponderancia y que las competidoras hallando el campo libre, pueden desarrollarse á su vez.

La segunda causa de las reviviscencias largas y completas es la repetición misma. Todos saben que para aprender una cosa, es preciso no solo mirarla con atención, sino con una atención repetida. Se dice á este propósito, en el lenguaje ordinario, que una impresión varias veces renovada se graba más profunda y exactamente en la memoria. Así es como llegamos á retener un idioma, trozos de música, de verso y de prosa; los términos técnicos y las proposiciones de una ciencia, aún más, todos los hechos comunes por los que regimos nuestra conducta. Cuando por el color y la forma, anticipamos el sabor de un helado de grosella, imaginamos su tinte rojo y el brillo de su corte indeciso; tenemos en nosotros imágenes á que hemos llegado por la repetición. Siempre que comemos, bebemos, caminamos ó hacemos uso de uno de nuestros sentidos, comenzamos ó continuamos una acción cualquiera, ocurre lo mismo. Todo hombre y todo animal, en cualquier momento de su vida, posee así una cierta provisión de imágenes claras y fácilmente renacientes, que en el pasado, tienen por origen una confluencia de experiencias numerosas, y que en el presente, están alimentadas por una afluencia de experiencias renovadas. Cuando desde las Tullerías quiero ir al Panteón, ó de mi gabinete al comedor, preveo á cada vuelta las formas coloreadas que van á presentarse ante mi vista; por el contrario, si se trata de una casa en que he pa-

sado dos horas, y de una ciudad en que he estado tres días, al cabo de diez años las imágenes serán vagas, llenas de lagunas, á veces nulas, y andaré á tientas y me perderé.—Esta nueva propiedad de las imágenes se deriva también de la primera. Tendiendo cada sensación á renacer en su imagen, la sensación dos veces repetida dejará tras de sí una tendencia doble, con la condición, sin embargo, de que la atención sea también mayor la segunda que la primera vez; de ordinario no lo es, porque disminuyendo la novedad, disminuye el interés; pero si otras circunstancias le renuevan, y si la voluntad cumple su misión, la tendencia incesantemente aumentará para la imagen las probabilidades de resurrección y de integridad.

III. No son éstas todavía sino condiciones generales de la reviviscencia; se las obtiene comparando una imagen tomada en un punto cualquiera de la vida con otra tomada también en otro punto cualquiera de la vida. Queda por comparar dos momentos próximos en el mismo hombre, que aclarar qué condiciones más especiales provocará en determinado momento, el nacimiento de tal imagen más bien que de tal otra.—Para esto consideramos, no ya solamente sensaciones aisladas, sino aún series de sensaciones. Estas tienden igualmente á renacer, y la ley que se aplica á los elementos se aplica igualmente á los compuestos. Hay días en que, sin quererlo, repasamos mentalmente una parte de nuestra vida: cierto día de viaje, tal noche de ópera, cierta conversación interesante; nos sentimos llevados

de un modo fijo al antiguo estado; las ideas que tratan de interponerse son mal recibidas; se las desecha ó se detienen en los umbrales; si en el primer momento se encuentra alguna laguna en nuestro recuerdo, termina las más de las veces por llenarse por sí misma; un pormenor olvidado surge de improviso.—Me acuerdo en este momento de una velada pasada en Laveno, en el lago Mayor, y á medida que insisto, vuelvo á ver mi comida de la hostelería, el mantel gordo enteramente blanco, la graciosa sirvienta azorada; luego, un poco después, el sendero tortuoso entre los tomillos y los espliegos, el lago de un gris azulado bajo una cubierta húmeda de vapor, las placas de luz, las estelas centelleantes, los bordados de plata que un rayo perdido sembraba aquí y allá sobre la sábana lisa, el ruido imperceptible de las pequeñas olas que venían á morir en la playa, y las campanillas silenciosas que sonaban esparcidas en el silencio.—Todos los puntos eminentes en el grupo de las sensaciones que he tenido entonces reaparecen una después de otra ó juntas.—Si ahora, tomando uno de estos puntos, examino como surge, hallo que es *cuando ha comenzado ya á surgir*. Por ejemplo, cuando después de haber vuelto á ver la línea tortuosa del sendero, me imagino volviendo la cabeza á la izquierda, y torno á ver el lago de color de pizarra y su dibujo de motitas brillantes; mas allá las montañas en pirámides que descienden enteramente verdes hasta el agua; en efecto, el límite extremo de la pendiente confina con el lago, la superficie uniforme está surcada por franjas brillantes, la otra orilla del agua se une con el verde y los cerros que suben; así, el final de cada ima-

gen coincide con el comienzo de la otra, y por tanto la otra empieza á resucitar cuando la primera desaparece. De modo semejante, el murmullo de las pequeñas olas y el sonido de las campanillas no reaparecen cuando mis imágenes visuales son las de la ola y la orilla; un principio de sonido imaginario acompañaba ya las formas coloreadas imaginarias; se separa y le sentimos reproducirse con todos sus matices y hasta el fin.—De tal modo es esto verdad, que si, contrariando la tendencia natural de las imágenes á repetir el orden de las sensaciones, me esfuerzo para remontar la serie en sentido contrario, puedo, después de las sensaciones posteriores, evocar en mí las anteriores, tan pronto como llego al punto de contacto en que tocan á las que las han seguido. En efecto, si ahora vuelvo atrás hasta mi llegada á la hospedería, vuelvo á ver la vieja encina á veinte pasos de la casa, dos ó tres troncos cortados y una docena de pilluelos que vagan ó duermen al calor cillo del sol de la tarde; así, al evocar el punto de unión, es decir, el comienzo de la imagen, he dado á la imagen el medio de renacer entera.—Es que á decir verdad no hay sensación aislada y separada; una sensación es un estado que comienza continuando las precedentes y termina perdiéndose en las siguientes; por un corte arbitrario y para comodidad del lenguaje es por lo que la ponemos así aparte; su principio es la terminación de otra, y su terminación el comienzo de otra tercera. En virtud de la ley general que la une á la imagen, su imagen tiene las mismas propiedades que ella; por tanto, esta imagen despierta por sí misma en su extremo anterior la terminación de una imagen y en el

posterior el principio de otra, de suerte que los precedentes y los consiguientes de la sensación tienen también, de rechazo, su eco en la imagen de la sensación.

Aún más, como muchas veces diferentes sensaciones son en parte semejantes, tan pronto como la imagen de una de ellas aparece, la de las demás aparece en parte. Cuando hace un momento describía los surcos brillantes que el sol formaba sobre el agua, los he comparado á bordados, á franjas y á rastros de plata; la parte común á estas cuatro sensaciones, presente en la primera, ha resucitado una tras otra las tres. En este punto aún, el reconocimiento parcial ha terminado en el total.—Muy frecuentemente nos cuesta trabajo notar este renacimiento parcial. Nos parece á primera vista que tal idea se ha despertado en nosotros de improviso y por casualidad; no vemos en qué se relaciona con la precedente. Es que la idea que parece precedente no lo es en verdad; entre ambas había intermediarios que el hábito, la falta de atención, ó la prontitud de la operación nos han impedido notar; estos intermediarios han servido de transición invisible, y por ellos la ley de contigüidad ó la de semejanza se han aplicado. Hobbes uno de los primeros autores de esta teoría, cuenta que en medio de una conversación sobre la guerra civil de Inglaterra, alguien preguntó de pronto cuanto valía, bajo Tiberio, el *dinero* romano; cuestión inoportuna y que nada parece enlazar á la precedente: había, sin embargo, una relación, y después de un poco de reflexión fué hallada. La guerra civil de Inglaterra, en tiempo de Carlos I, el rey entregado por los escoceses por doscientas

mil libras esterlinas, Jesucristo entregado de modo semejante por treinta *dineros* en tiempo de Tiberio; estos eran los anillos de la cadena interior que habían llevado al interlocutor á su idea extraña (1).—Se vé ahora, como las célebres leyes que rigen la asociación de las imágenes, y por consiguiente, la de las ideas (2) se reducen á una ley más simple. Lo que suscita en determinado momento tal imagen más bien que tal otra, es un comienzo de resurrección, y esta ha empezado unas veces por *semejanza*, porque la imagen ó la sensación anterior contenía una parte de la imagen que resucita; otras por *contigüidad*, porque la terminación de la imagen anterior se confundía con el comienzo de la que reaparece. Dada una imagen cualquiera en un momento indeterminado, podrá siempre explicarse su presencia actual por el principio de reconocimiento que tenía en la imagen ó sensación precedente, y su claridad, su fuerza, su facilidad para renacer, todas sus cualidades intrínsecas por el grado de aten-

(1) «Ultimamente, cuando pensaba en el Ben Lomond (montaña de Escocia), esta idea fué seguida inmediatamente por la del sistema prusiano de educación. Ahora bien, no había conexión imaginable entre ambas. Un poco de reflexión, sin embargo, explicó la anomalía. En una reciente visita á la montaña, había encontrado en la cumbre un caballero alemán, y aunque no tuviera conciencia de los anillos intermedios entre Ben Lomond y las escuelas prusianas existían ciertamente.—El alemán. La Alemania.—La Prusia.—Admitidos estos, la conexión de los dos extremos era manifiesta.» (Sir W. Hamilton, *Lectures*, I, 355).

(2) Véase Bain. *Senses and Intellect*. Hace derivar todas las operaciones de la inteligencia de estas dos leyes.—Véase también Mervoyer, *Etudes sur l'association des idées*. (1864)

ción y por el número de repeticiones que antes, sea en sí misma, sea en la sensación correspondiente, haya experimentado; observaciones todas comprendidas en nuestra ley fundamental, que atestigua en la sensación y en su imagen la tendencia á renacer, y asegura por tanto á la imagen comenzada, á la acompañada de atención, á la fortalecida por repeticiones, una preponderancia que lleva á término.

IV. Las mismas leyes explican el fenómeno contrario; suprimiendo ó menguando las condiciones que aumentan las probabilidades de renacimiento y de preponderancia de una imagen, se suprimen sus probabilidades de dominio y resurrección.—En primer lugar, todo lo que disminuye la atención, disminuye estas probabilidades. En cada minuto, experimentamos veinte sensaciones, de calor, de frío, de presión, de contacto, de contracción muscular, incesantemente se producen ligeras sensaciones en todas las partes de nuestro cuerpo; además, los sonidos, los murmullos, los zumbidos son continuos en nuestro oído; cierto número de pequeñas sensaciones de sabor y de olor se despiertan en nuestra nariz y nuestra boca. Pero estamos ocupados en otra cosa, pensamos, soñamos, hablamos, leemos y durante este tiempo descuidamos lo demás; con respecto á las otras sensaciones, estamos como dormidos, y soñando; el ascendiente de alguna imagen ó sensación dominadora las retiene en estado naciente; si, al cabo de un minuto, tratamos de hacerlas volver por el recuerdo, no renacen; son como semillas arrojadas á puñados, pero que

no han germinado; una sola, más dichosa, ha acaparado para sí el lugar y los jugos de la tierra.—No es tampoco necesario que estas sensaciones destinadas á desaparecer sean débiles; pueden ser intensas; basta que sean menos fuertes que la privilegiada; un tiro, el fogonazo de un cañón, una herida dolorosa escapan á veces á la atención en la atracción de la batalla, y, no habiendo sido notados, no pueden renacer; un soldado percibe de pronto que echa sangre, sin poder recordar la herida que ha recibido.—De diez veces nueve, y quizás de ciento noventa y nueve, la sensación pierde de este modo su aptitud para renacer, porque no hay atención sin distracción, y el predominio alcanzado sobre una impresión es el de que se priva á todas las demás. Las cosas ocurren aquí como en una balanza; no sube un platillo sino porque el otro baja, y el descenso aumenta por la elevación, como esta por aquél.

Por otra parte, la falta de repetición disminuye también las probabilidades de renacimiento. Todo el mundo sabe que se olvidan muchas palabras de un idioma cuando se deja de leerle ó hablarle. Lo mismo ocurre con una música que no se canta, con un trozo de verso que no se recita, con un país que se ha abandonado hace mucho tiempo. Se forman lagunas en la trama de los recuerdos y van ensanchándose, como los agujeros en una capa vieja.—Se vé sin trabajo cuán vastas y continuas deben ser estas pérdidas; todos los días perdemos algunos de nuestros recuerdos, las tres cuartas partes de los de la víspera, luego otros entre los supervivientes de la semana precedente, más tarde otros, de los que quedaban del mes anterior; de suerte que muy pronto, un mes,

un año, no están ya representados en nuestra memoria sino por algunas imágenes salientes, semejantes á las cumbres esparcidas, que aparecen todavía, de un continente sumergido, destinadas también, al menos en su mayor parte, á desaparecer porque la desaparición gradual es una marea creciente que invade una á una las cimas preservadas, sin perdonar nada, salvo algunas rocas levantadas por una circunstancia extraordinaria hasta una altura que ninguna ola alcanza. Es que muy pocas de nuestras sensaciones, aun acompañadas de atención, se repiten varias veces. He hablado, hace seis meses, con cierta persona; podía, al separarme de ella, y aun al día siguiente, describir su figura y su traje, repetir las principales ideas de su conservación; pero, desde entonces, he dejado de renovar mediante la experiencia ó de repetir por la memoria las imágenes que entonces se revelaban en mí completas y erguidas. Se han borrado, y ahora, al hallar por casualidad un episodio de esta escena lejana, me detengo en él para tratar de evocar el resto, y mi esfuerzo es vano.—Así ocurre con casi todas las partes de nuestra experiencia; la impresión recibida ha sido sola; de mil hay una á lo más que se haya repetido dos veces; de mil de éstas apenas hay una que se haya repetido veinte veces. Algunas solamente, las de las cosas permanentes que nos rodean, de veinte ó treinta personas, muebles, movimientos, calles, paisajes reciben por la repetición constante una aptitud multiplicada para renacer. Respecto á las demás, la aptitud es demasiado débil; cuando reaparece un girón de experiencia lejana al cual antes iban unidas, no reaparecen con él; la tendencia que antes las evo-

caba es vencida por otras formadas en el intervalo, y el pasado reciente cierra el camino al pasado antiguo.

Por otra parte en fin, las imágenes se entorpecen por su oposición, como los cuerpos se desgastan por su frotamiento. Si vemos á una persona ocho ó diez veces, el contorno de su esbozo y la expresión de su rostro se hallan al fin bastante menos claros en nuestro espíritu que al día siguiente al primero. Lo mismo pasa con un monumento, una calle, un paisaje, varias veces vistos, á diferentes horas del día, por la tarde, por la mañana, en tiempo nebuloso, de lluvia, con un sol hermoso, si los comparamos con el mismo monumento, el mismo paisaje, la misma calle mirados durante tres minutos, después sustituidos inmediatamente por cosas enteramente distintas. La primera impresión, tan precisa, llega á ser la segunda vez menos precisa. Cuando me imagino el monumento, vuelvo á ver bien las líneas que siempre han permanecido las mismas; pero los cortes de sombra y de luz, los valores cambiantes de los tonos, el aspecto del pavimento grisáceo ó ennegrecido, la faja de cielo de encima, azulada y vaporosa en un caso, carbonosa y deslucida en otro; tan pronto de un blanco encendido, como de un púrpura sombrío; en resumen, todas las variantes que según los distintos momentos, han venido á sumarse á la forma permanente, se borran entre sí. De modo semejante, cuando pienso en una persona que conozco, mi memoria oscila entre veinte expresiones distintas: la sonrisa, la seriedad, el disgusto, la cara inclinada á un lado ó á otro; estas diferentes expresiones se estorban; mi recuerdo es bastante más

claro cuando no he visto más que una durante un minuto, cuando por ejemplo, he mirado una fotografía ó un cuadro.

En efecto, cuando la imagen de la cosa percibida tiende á reaparecer, trae trás sí las imágenes de sus distintos acompañamientos. Pero éstos, siendo diferentes, no pueden reaparecer juntos; los rasgos contenidos en el óvalo de la misma cara, no pueden estar á la vez sonrientes y severos; la fachada del mismo palacio, no puede á la vez ser de un negro intenso, como cuando el sol se oculta por detrás, y de un rosa brillante como cuando el sol sale de frente. Por tanto, si estos acompañamientos que se excluyen tienden igualmente á renacer, ni lo uno ni lo otro renacerá, y nos sentiremos atraídos en sentidos contrarios por tendencias contrarias que no llevan á un término; las imágenes quedarán en estado naciente y compondrán lo que en lenguaje ordinario se llama una impresión. Puede esta ser fuerte sin dejar de ser vaga; bajo la imagen incompleta reina una sorda agitación, y como un hormigueo de veleidades, que de ordinario terminan por un gesto expresivo, una metáfora, un resumen sensible. Tal es nuestro estado ordinario con respecto á las cosas que hemos experimentado varias veces; una imagen vaga, que corresponde á la porción común de nuestras diversas experiencias, una confusión de tendencias casi iguales y contrarias, correspondiendo á sus circunstancias diversas, una notación clara que designa y concentra el todo en una idea.

Esta ley de desaparición se extiende muy lejos, porque no solo se aplica á las diversas apariencias de la misma cosa, sino también á las diversas co-

sas de la misma clase; ahora bien, todas las cosas naturales se agrupan en clases. Un individuo que habiendo recorrido una calle de olmos, quiere representarse uno de estos árboles, ó que habiendo visto un gran corral, quiere representarse una gallina, experimenta una dificultad. Sus diferentes recuerdos se *ocultan*; las diferencias que distinguían los doscientos olmos ó las ciento cincuenta gallinas, se borran la una por la otra; conserva una imagen bastante más exacta y completa si ha visto un solo olmo en pie en una pradera, ó una sola gallina posada en un gallinero.—Todas nuestras imágenes sufren un embotamiento semejante; que el lector trate de imaginarse un conejo, una carpa, un sollo, un buey, una rosa, un tulipan, un abedul ó cualquier otro ser de especie muy común de que ha visto muchos individuos, de otro lado un elefante, un hipopótamo, un gran aloe, ó cualquier otro ser de especie rara de que ha encontrado solamente uno ó dos ejemplares; en el primer caso, la imagen es vaga, y todos sus rasgos accesorios han desaparecido; en el segundo es precisa, y se puede indicar el sitio del jardín botánico, el invernadero parisién, la *villa* italiana en que se ha visto.—La multiplicación de la experiencia es pues una causa de confusión, y las imágenes, anulándose una á otra, caen una por otra en estado de tendencias sordas á las que impide adquirir el ascendiente su contrariedad y su igualdad.

Se llega así á concebir mediante una vista de conjunto la historia de las imágenes y por tanto la de las ideas en un espíritu humano. Cada sensación, débil ó fuerte, cada experiencia grande ó pequeña, tiende á renacer por una imagen inte-

rior que la repite y que puede ella misma repetirse, después de muy largas pausas, y esto indefinidamente. Pero como las sensaciones son numerosas y á cada instante reemplazadas por otras, sin tregua ni fin, hasta el término de la vida, hay lucha de preponderancia entre estas imágenes, y aunque todas tienden á renacer, lo logran solamente aquéllas que poseen las prerrogativas exigidas por las leyes del renacimiento; todas las demás quedan inacabadas ó nulas, según las leyes de la confusión.—Incesantemente, en virtud de esta doble ley, grupos de aptitudes eficaces llegan á ser ineficaces, y la imagen cae de la existencia real á la posible. Así la memoria humana es un vasto depósito en que la experiencia diaria vierte incessantemente diversos arroyos de aguas tibias; éstas más ligeras, se mantienen en la superficie cubriendo á las demás; luego enfriadas á su vez, bajan al fondo por porciones y gradualmente, y la corriente ulterior es la que forma la nueva superficie. A veces un arroyo, más lleno y cayendo de mayor altura, calienta hasta en el fondo antiguas capas inertes, que entonces suben á la luz; la casualidad de la avenida y las leyes del equilibrio han calentado cierta capa para ponerla sobre las demás. La forma del depósito, las variaciones de la temperatura, la calidad diversa del agua, á veces aún las sacudidas del suelo contribuyen también á ello, y diferentes ejemplos auténticos muestran tan pronto capas profundas transportadas de repente y por completo á la superficie, como capas superficiales que caen repentinamente y por entero al fondo.

Es que las imágenes, como se verá más adelante, tienen por condición ciertos estados del encé-

falo; desde luego se comprende que una alteración, un aflujo, un empobrecimiento de la sangre, un cambio cualquiera de la sustancia cerebral pueda impedir ó restablecer el despertar de ciertos grupos de imágenes. «Bajé el mismo día (1), dice sir Henry Holland, á dos minas muy profundas del Hartz, y permanecí varias horas debajo de tierra en cada una de ellas. Estando en la segunda mina y rendido de fatiga é inanición, me sentí absolutamente incapacitado para hablar más con el inspector alemán que me acompañaba. Todas las palabras y todas las frases alemanas habían abandonado mi memoria; sólo después que hube tomado alimento y vino y reposé algún tiempo volví á dar con ellas.»—Accidentes semejantes no son nada raros después de las fiebres cerebrales ó las grandes pérdidas de sangre. Una señora, dice Winslow (2), después de una prolongada hemorragia uterina, «había olvidado dónde vivía, quién era su marido, cuánto tiempo había estado enferma, el nombre de sus hijos y aun el suyo. No podía designar cosa alguna por su verdadero nombre, y al tratar de hacerlo cometía los más singulares errores. Antes de su enfermedad tenía la costumbre de hablar francés en vez de inglés. Pero entonces pareció haber perdido todo conocimiento del francés; porque cuando su marido la hablaba en esta lengua no parecía comprender nada de lo que decía, aun cuando pudiera conversar en inglés sin dificultad». Al cabo de siete ú ocho semanas, estas lagunas de la memoria se llenaron algo, y al cabo de algunos

(1) Winslow, *on Obscure Diseases*, 345.

(2) Winslow, *on Obscure Diseases*, 344.